



Quiénes somos



La respuesta no parece, en un principio, que pueda resultar problemática; y, por consiguiente, ha de deducirse que por qué no iba a resultar sencillo el leerla.

Lo que resulta sencillo, además, se hace prácticamente sin sentir y, como si dijéramos, casi sin ganas.

Resulta, sin embargo, por otra parte, que el hacer algo sin ganas se hace penoso y el llevarlo a cabo nos llega a resultar tan antipático que, por ameno o divertido que sea, termina por antojarse árido.

Conclusión: que para hacer algo sin ganas hacen falta muchas ganas...

¿No es contradictorio?

La respuesta — a esta pregunta, la que queda justo en el renglón de arriba y no la que encabeza la página — sí parece, incluso en un principio, que puede resultar problemática y, por tanto o en consecuencia, pretender encontrarla aquí sería una auténtica bobada.

Pero, usted, no es ni bobo ni boba... ¿verdad que no?

Y, como ni bobo ni boba que no es, será, eso sí, muy capaz de retomar el hilo — “hilo”, fíjese, que se lo menciono así como que de pasada y por despiste para no herir aun sin querer su orgullo — de esta historia sin necesidad de tragarse algo que ya sabrá (por su propia experiencia o por haberlo leído en cualquiera de las otras versiones) de qué va.

Le sugiero, así las cosas, que ignore alegremente todo eso de que no tiene uno, o una, o un hatajo — o una multitud por aquello de no ningunear a género alguno de especímenes — más que llegar y decir etcétera, etcétera, y se coloque, directamente, en la pista que tan generosamente le he facilitado y no es otra que...

¡El hilo!

¿Por qué no lo habrá perdido, verdad?

Que a mí, entiéndame, me da igual; pero si lo ha perdido no le quedará más remedio que echar mano de la memoria para, a base de recordar, caer en la cuenta de que sería lo grave; porque el sentido común — ¡una cosa tan corriente! —, cuánto ni qué puede importar cuando, además, nos queda el propio, de infinitamente

mayor enjundia y entidad. Y si lo hemos perdido, Dios no lo quiera, sí que la habremos liado porque nos pasará como, hace apenas unos días sin ir más lejos, nos sucedió a nosotros en nuestras propias carnes mortales cuando buscando... pues qué podía estar siendo, que así al pronto no caemos...

Bueno, pues no sabemos, pero un destornillador...

¿Qué estábamos diciendo? Ah, ya: que para coger la pinza de la ropa con que sujetar el estor averiado del cuarto de estar y poder así abrir la ventana... Pero tampoco vamos a extendernos en eso porque, nos figuramos, quien más quien menos ya cuenta con sus trucos propios para abrir sus ventanas.

Además, la ventana la terminábamos de cerrar; así que, la pinza...

Bueno, mira: es igual.

El caso es en resumidas cuentas que fuera por la razón que fuese buscábamos algo y derramamos, sin quererlo, la copa de algún néctar repuntado que nuestra memoria se obstinó en despertar como ambrosía...

Así: sin esperarlo.

La dejamos hacer — a la memoria — y, con deleite, lo aplicamos — el néctar, pero si tenemos que explicarlo todo nos dejamos de sofisticaciones y decimos, por poner un poner, que era lejía — con las yemas de los dedos en las sienes, y en el cuello, y detrás de las orejas y en la frente, y aspiramos el olor evanescente del antaño mientras se demoraba ella por entre los jirones de las tardes ociosas en que, lejos de los lugares más o menos comunes que hoy se nos figuran tan exóticos, lejos también de sospechar siquiera que pudiera existir un “mañana” distinto de aquellos que se desperezaban en amaneceres tan iguales, éramos algo que, por cierto, la última vez que alguien lo mencionó ya dio problemas porque — la más corpulenta de las Fuenfría — que pero, bueno, eso es muy elástico...

— ¿Elástico? — Doña Consola — ¿Cómo cuánto exactamente de elástico?

—Como muchísssimo— acompañando su ese tan larga, la otra, con un movimiento amplio y lento de la mano.

— ¡Vaya por Dios! — cabeceando ésta como quien se contiene para no exclamar ¡lo que hay que oír! Y, girándose a su propia hermana —: ¿Qué te parece?

Y la hermana se limitó a ladear un poquito la cabeza y volverla a enderezar como queriendo dar a entender ea.

—Ea — doña Consola —, no; Visitación.

— ¿Pero cómo — la Fuenfría — que ea, no?

—Pues como que no, sencillamente.

—Mira, Consola, yo tengo mucha, pero que muchísima correa, pero, si hay algo que verdaderamente me molest... Porque, ¿quién no ha sido, si es que alguien me lo puede explicar, algo a lo largo de su vida alguna vez?

—Ya. Si no — doña Consola —: si algo sí. A lo que voy es a es que...

—Lo que ella está queriendo decir — la Fuenfría corpulenta también pero algo menos, dando a la hermana suya unos suaves golpecitos con sus dedos en el antebrazo — es que quién no ha sido algo alguna vez aunque no fuera lo que estuviese deseando fervientemente ser...

—Ah — la corpulenta se calma; se calmó, pero sólo durante unos segundos que empleó en hacer un cucurucho con la servilletita del té, con lentitud, para deshacerlo luego con mucha presteza, y posar la servilleta doblada en cuatro sobre la mesa, y darle una palmada seca preguntando, en tono que dejaba traslucir su escepticismo —: ¿Y alguien conoce, personalmente a alguien que...

—Pues Carlitos.

— ¿A quién conoce Carlitos? — Inquisitiva, irreductible; dando la vuelta a la servilleta, que se queda ahora con las iniciales bordadas hacia abajo, y propinándole una nueva palmadit...

—A nadie, Zoila — la Fuenfría corpulenta pero menos es, era, infinitamente más paciente. Y le explica —: Nosotros, todos, conocimos a Carlitos...

— ¿Y qué le pasó?

—Bueno — Consola —, nos contaron que le dio algo s la cab...

—Ya — ya no da, dio, la Fuenfría más vueltas a la servilleta y se contentó con ir presionando, con la uña, sobre cada uno de los picos de la puntilla —; pero quiero saber qué.

—Una apoplejía, o embolia o...

—Antes ¡Antes! — y como muy impaciente contó todos los piquitos de la puntilla de un tirón.

—Pues que nunca fue niño.

Fue Visitación, la primera vez que abría la boca en toda la tarde, quien lo dijo. Luego ladeó un poquito la cabeza y la volvió a enderezar como queriendo dar a entender ea.

—Nos enteramos, cuando los apenas medio centenar de supervivientes peinábamos ya canas y era por consiguiente imposible reparar el daño, de que jamás... ¡pero que nunca, eh!, había sido niño...

— ¡Caramba!

—O, al menos, no un niño como los demás...

Aunque hubo quien, incluso, según dijo, pretendió dar pelos y señales asegurando haberlo conocido como tal, y aun recordarlo... ¡Que a ver si no era desfachatez cuando ahí estaba el propio interesado, en persona!... Encarece.

Y que si bueno, pues a ver si es que — insistió Hubo Quien, apostilla la hermana —, ya nadie se va a acordar del nieto de doña Regina, la soprano...

—Mamá, en cambio, sí que había sido...

— ¿Quién?

— ¡Gerardo, mamá, Gerardo!

— Ah — sordo como una tapia, el pobrecito aunque, eso hay que reconocérselo, con su cabeza muy bien amueblada porque, dice, Rosarito, ¿verdad?... entornando, con gesto soñador, un poquito los ojos casi siempre.

Con algunas salvedades, claro está, aunque contadas con los dedos de una mano y por causas de fuerza mayor cual podían serlo... pues, qué te diríamos nosotras — intercambiando una mirada cómplice, las dos Fuenfría —: sus clases de equitación o cuando a su abuelo le concedieron aquella cruz de san Fernando, tan laureada; pero, por lo general, o sí o casi...

—Y es que, para ser lo que ella era hacía falta no sólo ser la mejor, y la más lista y la más guapa y la de familia de abolengo más rancio — que eran requisitos primordiales —, sino, además, tener muchos, pero que muchísimos arrestos y un carácter y un temperamento que, como muy bien dijese Román Corvado, ojito al parche o acordaros de cuando...

Y por supuesto que nos acordamos — en seguida y con unanimidad casi absoluta, además; y con una de esas frescuras de las que suele decirse es como estarlo viviendo, mismamente —, cada cual no ya sólo del cada “yo” que estuviera siendo entonces sino de todos los “yoes” de todos los demás componentes de aquella multitud heterogénea, abigarrada, que escuchaba absorta y boquiabierta o masticando el relato pormenorizado que aquella tarde le había tocado hacer a Mariló la de las horquillas de cómo mamá, con sus pies tan pequeños firmemente asentados sobre el duro suelo — pese a que Rosarito calzara en su día un treinta y nueve y se supiera, de buena tinta, además, y tuviese un carácter más bien desenfadado —, se ponía como un verdadero basilisco cuando el tío Astolfo, su medio hermano, en exceso proclive al lenguaje poético, aludía al viejo baúl “do dormitan” — decía, en palabras textuales — los trajes tan preciosísimos y las gargantillas, brazaletes, y demás aderezos de la tía abuela Mesmina o cuando, en las tardes tristonas de invierno todos allí alrededor de la chimenea, se le pasaba por las mientes a alguien ponerse a recordar tiempos pasados y él evocaba las rosadas mejillas de Clemencia.

—No es ningún viejo baúl, Astolfo — protestaba tratando de controlar su enfado —, es sencillamente un baúl muy viejo.

Y que las joyas y los trajes eran un puñado de baratijas y unos cuantos andrajos; ocasionando, con semejante aseveración y sin habérselo en su pronto tan irreflexivo propuesto, un enorme trastorno y un ir y venir de operarios echando el bofe porque, y cualquiera lo comprende, si para el baúl del tío Astolfo lleno de objetos míticos cargados de glamur la ubicación perfecta era el desván con todas sus sombras, aromas polvorientos y silencios adormecidos sugiriendo un pasado de cierto postín, para el de ella, cuatro tablones desvencijados y a rebosar de guarrerías, el destino

idóneo era el trasterillo del sótano, una covacha lóbrega de muros carcomidos por la humedad.

Y, secándose a continuación las manos que se había lavado en la vieja jofaina... “o palangana desconchada; mejor —precisa, no doña Consola sino la hermana — para no disgustarla” **ya lo ha leído usted en varias de las otras versiones.**

Pasamos, así pues y para no hacerle que pierda más tiempo yendo y viniendo por caminos tan trillados, directamente a:

Porque papá, tal vez por aquello de la complementariedad era otra cosa; entendiéndose por cosa “cosa”, propiamente y en toda la extensión de la palabra habida cuenta de que papá era, entre nosotros, algo muy similar al paragüero o, con mayor exactitud y dada su corpulencia, al enorme buda de granito y sonrisa imperturbable que llevaba sentado en el jardín - **éste sí recoleto y alfombrado** - un par de siglos o tres.

Que era adonde queríamos llegar y no, por cierto, por algo tan requetesabido como que la casa era antiquísima y había pertenecido a otras gentes o que papá, en cambio, siempre había sido nuestro o que el hermano de Elías Vinuesa — el mayor, entiéndase¹, tan sensato — no estuviese en lo cierto o, cuando menos, no lo estuviese más parcialmente en lo que muy bien podría denominarse «propiamente “en esencia”» cuando nos conminaba a no embarcarnos en hazañas que pudiesen estar por encima de nuestras habilidades que cuando nos animaba a arriesgarnos en empresas que, pudiendo ser denominadas «en términos generales

¹ Si es que buenamente se desea; pero, si no se deseara, que no sea bajo un pretexto tan inconsistente (aunque no por supuesto del todo innegable) de que esta es otra historia muy por el momento apenas en ciernes que a saber si nos implica o — como mínimo y para no dejarnos por completo al margen haciéndonos sentir cierta sensación de desarraigo — aunque sea muy de refilón nos atañe sino al amparo de que, en virtud del derecho que asiste a todo el que se presta a elegir entre tomar parte o desentenderse, no da (simple y llanamente) la real gana por más que la dicha apetencia o no apetencia sea (en términos del todo objetivos) enteramente proletaria y exenta del glamur que desde nuestro punto de vista había — en opinión de una pobre doña Clara muy voluntariosa pero inexperta hasta extremos insospechados — de adornar a los integrantes de las clases que Leodegario Díaz sugirió que les diéramos el nombre de superiores pero por indicación de Custodia Núñez terminamos llamando privilegiadas en atención no se supo precisar si a que era la que tenía jardín con piscina o tan tímida que, para la primera vez que abría la boca, nos dio pena el desairarla.

“disparatadas”», él prefería calificar sencillamente de ambiciosas asegurando que si nos salía mal y terminábamos por hacer el más espantoso de los ridículos siempre nos cabría la gloria de, tras haberlo intentado, haber sido lo suficientemente humildes como para saber encajar el fracaso con arrojo por no ser capaces de resistirnos a la tentación de experimentar nuevas sensaciones que...

¿Me sigue?

Version 4